



Capítulo 25



La Aventura de Mariátegui

Nuevas Perspectivas

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

Cubierta: María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

Derechos Reservados

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

EL INDIGENISMO DE MARIÁTEGUI

Juan M. Ossio

Una de las tareas urgentes que se nos impone, luego del desconcierto de nuestras élites dirigentes ante la peor crisis de nuestra historia, es repensar las bases conceptuales sobre las cuales hemos auscultado la realidad de nuestro país y que han orientado las acciones políticas a lo largo del período republicano.

Por el impacto que han tenido y por ser corolario de un modo bastante extendido de percibir nuestra realidad, de singular relieve son aquellas que inspiraron las reformas introducidas por el gobierno militar presidido por el General Juan Velasco Alvarado y que, posteriormente, trataron de ser reeditadas por Alan García Pérez.

Deteniéndonos en las acciones políticas del primero de los mentados, lo primero que emerge es que ellas estaban íntimamente asociadas con los puntos de vista de toda una sociología que concebía al Perú como un país dominado, prisionero de ciertas formas económicas derivadas de la penetración del capitalismo que eran responsables de su postración y de la existencia de grandes desniveles económicos. Imperialismo y capitalismo eran pues las principales fuentes de nuestros males y, por lo tanto, había que buscar en nuestra realidad social las vías de solución. «Ni capitalismo ni comunismo» fue un slogan que se puso de moda para indicar esta preocupación por soluciones autóctonas. No obstante, en el fondo el recetario que se empleó estaba más cerca a consideraciones de tipo marxista que a cualquier modalidad conceptual de naturaleza autóctona. En todo caso si algo tenía de autóctono es que el indigenismo de principios de siglo, particularmente el de José Carlos Mariátegui e Hildebrando Castro Pozo, ya había intentado esta peruanización del

marxismo acomodándolo a una supuesta naturaleza socialista atribuida a la organización socio-económica de las poblaciones indígenas andinas.

A nuestro modo de ver es en esta vertiente del indigenismo peruano, inaugurada con González Prada a fines del siglo pasado, que dicho enfoque comienza a tomar cuerpo aunque es posible entroncar su inspiración a un contexto intelectual más remoto promovido por el padre Fray Bartolomé de las Casas y dominado posteriormente por la obra marcadamente neoplatónica del Inca Garcilaso de la Vega.

Por su difusión en distintos sectores del medio intelectual peruano, por la variedad de esferas culturales en que se proyectó y por su postrera influencia en nuestra interpretación del Perú y en la política nacional, el movimiento indigenista, que se inicia a fines del siglo pasado, es el más importante acontecimiento cultural de nuestra historia republicana. En todo el período colonial no encontramos nada semejante salvo, quizá, en una escala más reducida, el movimiento nacionalista inca del siglo XVIII.

A diferencia de este último, que se circunscribió al Cusco y terminó con la revuelta de Túpac Amaru II, el movimiento indigenista tuvo un carácter nacional, aunque restringido a intelectuales de clase media. El denominador común de este movimiento fue la reivindicación del indio, pero para tal efecto se plantearon dos posiciones: una que asumió un aire redentorista, preñada de consideraciones ideológicas, y que alcanzaría una gran influencia en el desarrollo de la política peruana, y otra que puso el acento en el rescate de la creatividad del poblador andino y que reacciona contra el centralismo limeño. En la práctica, una y otra postura no son fáciles de delimitar, pues se interpenetran en varios autores, sin embargo una mirada atenta las logra distinguir y reparar, inclusive, que la primera tiende a predominar en algunos intelectuales costeños, marcados por un centralismo limeño, que muchas veces sacrifica la realidad en aras de salvaguardar el prestigio de ciertas posturas ideológicas importadas del exterior, mientras que la segunda impacta principalmente en las élites andinas cuyo entorno socio-cultural no lo ven fiel-

mente retratado por aquellos que pretenden erigirse en sus defensores. Este es el caso, por ejemplo, del cuzqueño José Angel Escalante quien en un artículo que titula «Nosotros los indios...» critica duramente a los indigenistas costeños que han desarrollado la moda de:

«(...) hablar del indio y compadecerlo, con insultante piedad, sin tomarse el trabajo de conocernos, ni menos estudiarnos en nuestro propio medio (...).

El desconocimiento del indio y de todas las cuestiones que le atañen - nos dice - es casi absoluto en la costa, por culpa de quienes han convertido los problemas de la raza en tema socorrido de la literatura barata y en arma siempre manejable de las oposiciones políticas. No alcanzo a comprender qué se proponen estos teóricos redentores del indio. No creo que su ingenuidad llegue al extremo de imaginarse que sus actitudes declamatorias y sus alaridos lacrimosos van a solucionar complejos problemas que no conocen ni están capacitados para conocer (...).

‘El indio está embrutecido por el alcohol’. ‘El indio está idiotizado por la coca’. ‘La degeneración de la raza es irremediable’. ‘La secular servidumbre del indio que principió en la avasalladora teocracia del Inca y no termina con la mentida democracia republicana, lo ha incapacitado para la libertad y para la civilización’. ‘El indio es ladrón, rencoroso, falso y vengativo’. ‘El indio ama más a su ganado que a su mujer y a sus hijos’. ‘El indio es supersticioso y hechicero’. ‘El indio es traidor y cobarde’.

Estas y peores cosas se dicen del indio en la costa, y nadie lo pone en duda: son axiomas que nadie discute y todos aceptan. Y ello es falso, falso de ignominiosa falsedad. Lo proclamo a grito herido»¹.

Aunque manifiesta no comprender lo que se proponen estos redentores, la sensibilidad de su olfato lo lleva a sugerir:

1 Varios autores, *La polémica del indigenismo*, Lima, Mosca Azul editores, 1976, pp. 39, 40 y 41.

«(...) que en este 'amoroso interés' (...) palpita una tendencia revolucionaria que quiere aprovecharse de la gran masa indígena, de su exasperación y de su fuerza, para el entronizamiento de ideales bolcheviques y formas de gobierno soviéticas y comunistas en el Perú»².

Sin ser José Carlos Mariátegui el más representativo de estos redentores, el haber sido vinculado a ellos lleva a nuestro insigne autor de los *Siete Ensayos* a salir al frente aduciendo que el primer manifiesto del Grupo Resurgimiento del Cusco, en la medida que estaba integrado por algunos intelectuales serranos, no podía ser acusado de representar ideas exclusivamente costeñas.

Sin pretender revivir aquella interesante polémica indigenista, de la cual da cuenta una magnífica recopilación de textos hecha por Manuel Aquézolo y prologada por Luis Alberto Sánchez (1976), queremos destacar que, efectivamente, muchas de las críticas que este último, y algunos otros, le levantaron a Mariátegui no tenían mayor fundamento. La existencia de una oposición entre la costa y la sierra, que adujo el Amauta, era innegable. Tampoco le afectaba mayormente la caracterización que López Albújar hizo del indio salvo que, en verdad, fue muy mal interpretada por Luis Alberto Sánchez. En fin, si alguien mantuvo una gran altura en dicha polémica fue José Carlos Mariátegui. No obstante, si bien al indigenismo de Mariátegui no se le puede acusar de «lacrimoso» si le caían algunos de los cargos medulares que lanzó Escalante contra aquel indigenismo redentorista de los costeños. De aquí que sólo pudieran ser levantados aduciendo el argumento sobre la composición regional de los miembros del grupo Resurgimiento más no con otros de mayor envergadura.

En realidad, que la perspectiva utilizada por Mariátegui y otros indigenistas que le eran contemporáneos fuese costeña no era una crítica que produjese mayor incomodidad. Tampoco que su conocimiento de la realidad indígena no fuese directo y que la información

2 *Ibid.*, p. 48.

obtenida podiese estar teñida de subjetivismo. En verdad tal preocupación hubiese sido irrelevante pues, como lo sugiere Escalante, su enfoque respondía a intereses políticos subalternos y no a una preocupación científica. El mismo Mariátegui, por ejemplo, no tiene inconveniente en declararse un «agonista», un «combatiente» y confesar:

«(...) haber llegado a la comprensión, al entendimiento del valor y el sentido de lo indígena en nuestro tiempo, no por el camino de la erudición libresca ni de la intuición estética, ni siquiera de la especulación teórica, sino por el camino -a la vez intelectual, sentimental y práctico- del socialismo»³.

Hacer esta confesión en el año de 1927 no debió haber sonado muy inusual pues al fin y al cabo el movimiento indigenista no había surgido motivado por un interés intelectual hacia el indígena sino por uno político. La bandera que esgrimió, desde un primer momento, fue la reivindicación del indígena, muy particularmente, frente a los gamonales que eran vistos como los herederos del secular subyugamiento al cual había estado sometido. De aquí que a pesar del gran esfuerzo hecho por destacar al indígena en un contexto profundamente homogenizador promovido por el período republicano, Mariátegui, y otros indigenistas marcados por el centralismo limeño, nunca pudieron sentar las bases para el reconocimiento del pluralismo cultural que caracteriza a nuestro país.

Con el advenimiento del período republicano el indígena prácticamente desapareció para la esfera nacional. Al proclamar San Martín la independencia una de sus primeras medidas fue dar un decreto donde se exigía el reemplazo de términos tales como «indígena», «nativo», por el de «ciudadano». La razón es que en el nuevo sistema político que se adoptaba, de inspiración liberal, las diferencias debían quedar suprimidas a fin de dar paso a la conformación de una nación homogénea que diese sustento social al naciente estado peruano. Bajo estas mismas premisas, poco tiempo después Bolí-

3 *Ibid.*, p. 76.

var daría su famoso decreto aboliendo la propiedad comunal que luego se rectificaría por favorecer la expansión del latifundismo a expensas de la ignorancia de los indígenas de las normas legales que regulaban la transferencia de la propiedad de la tierra.

Si bien los propósitos de estas medidas respondían al noble ideal igualitario de las élites que forjaron el estado republicano, para nuestros indígenas ellas no redundaron en mayor beneficio. Por el contrario, muchas veces ellas favorecieron el despojo de sus bienes, el ir a prisión por el simple delito de practicar sus costumbres y, en última instancia, poner en peligro su identidad cultural. En realidad no podía ser de otra manera pues, al fin y al cabo, dichas medidas se dieron en un contexto donde existían profundas asimetrías de distinta índole. La más grave entre todas ellas era aquella de Lima frente al resto del país y la de la costa frente a la sierra.

Aunque la orientación homogenizadora del período republicano caló muy hondo en nuestras élites, no impidió que muchos se percataran de la presencia de una numerosa población, heredera del pasado prehispánico, que no se beneficiaba de los ideales de igualdad que propugnaban los liberales que gestaron la república. No es de extrañar que los primeros en reparar en estas desigualdades fuesen élites serranas pues ellas mismas eran víctimas de las asimetrías entre la costa y la sierra y entre Lima y el resto de los departamentos. Es así que el gran abanderado del primer indigenismo será Juan Bustamante Dueñas de origen puneño y que la Sociedad Amiga de los Indios, precursora del grupo Resurgimiento, que él ayudó a gestar, estuviese en su mayor parte compuesta por representantes de provincias andinas.

El segundo indigenismo es el que florece en el siglo XX y que tiene en José Carlos Mariátegui a su pensador más significativo. A diferencia del primer indigenismo, éste es más polifacético y si bien sus marcos conceptuales están dominados por consideraciones políticas su enfoque de la realidad indígena es más sistemático. Su precursor inmediato fue González Prada quien fue el primero en destacar la naturaleza económica y política del problema indígena. Pero es con José Carlos Mariátegui cuando por primera vez se sitúa este

problema bajo una concepción integral de la sociedad peruana a partir de un esquema teórico que si bien tiene pretensiones universales lo sabe manejar con flexibilidad.

¿Qué lleva a Mariátegui a interesarse en el indígena peruano? Al parecer la respuesta es que, además de ser el segmento más pobre de la población peruana, era también el mayoritario. Es decir, representaba cuatro quintas partes de la población peruana. En términos socialistas ellos constituían la masa de los desposeídos cuya condición debía ser mejorada. Fiel a sus principios políticos responsabiliza al sistema socio-económico de su postración ofreciendo como solución integral al socialismo.

Para legitimar su propuesta se remite a la historia y a buena parte de la literatura existente sobre las comunidades indígenas. En este intento consolida las bases conceptuales de todo un conjunto de investigaciones que se han preocupado por rastrear la continuidad de la cultura andina así como de sus cambios estructurales. Es así que de una parte el socialismo aparece como una gran matriz que unifica al mundo andino y, de otra, el feudalismo como el responsable de la gran debacle de este mundo y del Perú en su conjunto. En última instancia lo que estaba detrás de esta argumentación era mostrar que el socialismo era consustancial a la población peruana y que el imperialismo, sumado al sistema socio-económico introducido por los españoles, eran los responsables del problema del indio y de la falta de modernización del Perú.

Como podemos apreciar su lógica era impecable y no exenta de respaldo por una vasta literatura. Desde mediados del siglo XIX, muchos historiadores de la sociedad incaica, inspirados en la versión neoplatónica del Inca Garcilaso de la Vega, le habían atribuido una naturaleza socialista a esta última. Incluso, en pleno siglo XX un sociólogo como Louis Baudin pondrá como título a uno de sus libros «El Imperio Socialista de los Incas». Había pues fundamento para legitimar al socialismo en el Perú bajo estos cauces. Sin embargo, si la motivación de Mariátegui hubiese sido más científica habría reparado en una literatura alternativa, con exponentes tan serios como el alemán Heinrich Cunow que, con un manejo bastante integral de las

fuentes y de marcos comparativos sólidos, demuestra la naturaleza anacrónica de semejante caracterización. Hoy la posición de este último se ha impuesto y la interacción estrecha de los antropólogos con los pobladores andinos ha demostrado que sus sistemas sociales deben ser enmarcados bajo otras consideraciones conceptuales más realistas.

Juzgado desde el momento actual el mayor mérito que le reconocemos a Mariátegui es haber intentado presentar una visión integral del problema indígena y, al hacerlo, haber dejado resquicios para el reconocimiento de las diferencias, al menos en términos de sistemas socio-económicos. Sin embargo, su perspectiva apriorística, de corte político, hace que quede atrapado en las tendencias homogenizantes del período republicano y que la rica creatividad del hombre andino se pierda en el uso de un conjunto de conceptos estereotipados ajenos a su realidad íntima.